

“Escribir, leer, pensar la literatura hoy”, así se titulaba el coloquio internacional que tuvo lugar en nuestra universidad el pasado diciembre, un coloquio en el que participaron cuatro escritores latinoamericanos. Entre ellos figuraba Alejandro Zambra, famoso por sus novelas *Bonsái* (2006), *La vida privada de los árboles* (2007) y *Formas de volver a casa* (2011). Novelista, pero también poeta, crítico y profesor universitario, las facetas del escritor chileno son múltiples. Además de las novelas ya mencionadas, es igualmente autor de dos libros de poesía, *Bahía inútil* (1998) y *Mudanza* (2003), de una colección de ensayos titulada *No leer* (2010) así como del libro de cuentos *Mis documentos* (2013). Más recientemente, publicó *Facsímil* (2014), un libro que vuelve, bajo la forma de preguntas de opciones múltiples, sobre los dilemas éticos de la vida en tiempos de la dictadura militar chilena.

De manera general, la producción literaria de Alejandro Zambra es tan intensa y original como íntima. El amor, la infancia y la dictadura ocupan un lugar de privilegio en una obra que une asuntos personales y políticos, dramas privados y dramas públicos. En este sentido, estaría en consonancia con las tendencias actuales. Zambra es uno de los protagonistas de la “literatura de los hijos”, una literatura nacida en el Cono Sur en los años noventa y que él mismo define como la de los “personajes secundarios”, a saber el relato de aquellos que no protagonizaron los acontecimientos traumáticos de la dictadura, pero que al ser hijos de padres desaparecidos o de militantes que estuvieron presos, sí vivieron sus consecuencias. Algunos críticos sugieren que esta literatura cristaliza las dudas existenciales de esos personajes secundarios de la Historia, que sería ante todo una búsqueda de la identidad propia.

La diferencia fundamental con el testimonio directo es que la literatura de los hijos considera una serie de acontecimientos pasados desde el presente, y que lo hace muchas veces a través de la mirada de la infancia. Es el caso de *Formas de volver a casa*, en el que Zambra escribe: “Pinochet, para mí, era un personaje de la televisión que conducía un programa sin horario fijo, y lo odiaba por eso, por las aburridas cadenas nacionales que interrumpían la programación en las mejores partes. Tiempo después lo odié por hijo de puta, por asesino” (2011: 21). La novela, que alterna entre ficción y diario íntimo, cuenta la historia de un niño (el autor mismo) a quien una niña, llamada Claudia, le pide que espíe a un hombre y le informe de sus movimientos. Sin conocer los motivos de esta solicitud, el pequeño Alejandro acepta. Veinte años más tarde se vuelven a encontrar y poco a poco se levanta el velo del misterio. El hombre en cuestión no era otro que el padre de Claudia, un oponente del régimen de Pinochet que, para proteger a su familia, había tomado la decisión de alejarse de ella. “Las novelas —las buenas novelas—”, precisa Valeria Luiselli, “no reconstruyen ni apuntalan ninguna realidad, sino que ponen de manifiesto la fragilidad y los naturales equívocos de esa realidad”. Quizás

ésa sea una de las claves del éxito de Alejandro Zambra, que goza hoy de una irradiación internacional.